

Bienvenida, "Cambio de Guardia"

Por: María Jilma de Obaldía

El sábado, 28 de julio actual, llegué a la acogedora sala del "Teatro en Círculo", a presenciar CAMBIO DE GUARDIA, obra del dramaturgo norteamericano, Bill C. Davis.

Quería apreciar esta pieza teatral por tres razones fundamentales: porque trato de evaluar -personal y paulatinamente- el desenvolvimiento y desarrollo del arte dramático -mi preferido- en Panamá, porque los nombres de ROBERTO MCKAY, ADOLFO ARIAS Y ROGELIO PRETTO, asociados a los menesteres escénicos, atraen, y porque deseaba conocer una obra cuyo sugestivo título no deja de ser imán.

Debemos darle la bienvenida a Cambio de Guardia, por lo que siembra y sugiere y por la buena calidad de una triple tarea - dirección, actuación y efectos técnicos- que, a pesar de algunos defectos o descuidos, deja en el público -en "el respetable", como lo denomina en su Nota el Director- una huella que continúa estampada en el ánimo mucho después del cierre del telón.

Definitivamente, el "cambio de guardia" es necesario en todos los órdenes - si lo sabremos los educadores!- aunque, para garantizar su éxito, el período de transición - más o menos prolongado- debe cumplirse, como se capta en la obra.

ADOLFO ARIAS, quien -en mi modesta opinión- se constituyó en la figura central de esta pieza por su actuación sostenidamente magnífica, supo extraerle a su papel de viejo párroco (Tim Farley) mucho de esa gama psicológica del hombre -más que del sacerdote a veces- que, al advertir que se acerca indefectiblemente al final de su carrera, vive en ciertos momentos el drama que es común entre los seres humanos en las postrimerías de jornadas: hasta qué punto hemos sido honestos y sinceros con nosotros mismos a lo largo de la existencia. Igualmente, Adolfo se creció en el lapso durante el cual, buscándose a sí mismo, tuvo en el más joven, en el que deseaba formar, el ejemplo para que cristalizara una redención necesaria.

Hubo veces en que el actor conmovió de veras al público, es evidente que alcanzó lo que se proponía lograr: no sólo una interpretación cabal sino radiante en su complejo papel.

En cuanto a la traducción del texto, me permito señalar que, si bien es cierto que "parroquiano" es vocablo castizo, también lo es que aquí en Panamá no lo asociamos a "perteneciente a una determinada parroquia", por lo que chocaba escuchar ese término. En nuestro medio usamos "feligrés" y el uso, lo mismo que la costumbre y la región deben tomarse en cuenta en una cumplida traducción. También es lamentable el empleo de "estar supuesto a" que se escuchó en una ocasión. Salvo esas fallas, creo que la versión es correcta.

ROGELIO PRETTO hace una entrada inicial de gran efecto. Es dueño de una voz penetrante que, en teatro, equivale a un tesoro. Su apuesta figura es otro de sus atributos y no careció de aciertos en la escena. Sin embargo, hubo vacíos y frialdad en su actuación que revelaban cierto desconocimiento de la idiosincracia de un seminarista (Mark Dolson) que representaba, por lo que muchas veces le faltó "vida" a su interpretación. También se advirtieron ligeros titubeos y errores ortológicos y hasta apresuramiento en cortes coloquiales que pudieron desconcertar a su interlocutor, Adolfo Arias.

Luces (Eddie Schwartz) y sonido, adecuados, pero la escenografía, en mi opinión, fue excesivamente simple.

Para ROBERTO MCKAY, Director General, un reconocimiento a su difícil, valiosa y semiescondida labor. En el Director radica gran parte del éxito o del fracaso en toda empresa, a su alrededor giran múltiples detalles que determinan resultados. Sin embargo, a veces somos ingratos o injustos con ellos.

Ilustro esta aseveración con una anécdota: Preguntado un General, después de un victorioso combate, a quién o a qué se debía el triunfo, respondió: "La verdad es que no lo sé con certeza, pero lo que yo sí sé es que - si se hubiera perdido la batalla-, a mi se me hubiera achacado la derrota..".